Estudios

Departamento de Instrucción Pública

AÑO II. Panamá, Julio y Agosto, 1923 No. 5

ESTUDIOS

Año II | Panamá, Julio y Agosto, 1923 | No. 5

LA VIDA
COMO PROBLEMA Y COMO FINALIDAD

Discurso pronunciado por el doctor Eusebio A. Morales en el Teatro Nacional para abrir una fiesta de beneficencia.

Señoras y Caballeros:

Estoy convencido de que al verme en este lugar y en este momento vosotros experimentais una sorpresa tan grande como la mía propia. Muy pocas gentes ignoran en Panamá que yo rehuyo cuanto me es posible hablar en público, y la razón de esa tendencia instintiva se halla en mi falta de dotes especiales para presentar y encadenar en forma oral elocuente, viva y armónica, los pensamientos y las observaciones que deben formar el conjunto de un discurso completo. Reconozco que no soy orador y nunca he aspirado, por eso, a despertar el entusiasmo ni a merecer el aplauso de los que ocasionalmente me oyen. Tampoco soy conferencista. Este nombre le pertenece exclusivamente a los profesionales que preparan ciertos trabajos literarios o científicos, se los aprenden de memoria y luego recorren el mundo, habituados a decir lo mismo a oyentes siempre nuevos que reciben la impresión engañosa de una obra espontanea e improvisada.

Yo me encuentro aquí, pues, no como orador, no como conferencista, sino como uno de vosotros mismos que aceptara el sacrificio de exhibirse en público con el fin loable de contribuir al buen éxito de una obra caritativa digna de encomio y aplauso.

Desde que acepté la obligación de hablaros esta noche traté de encontrar un tema que despertara realmente vues-

La mansedumbre del vencido rayo,
Y de la luna el lánguido desmayo,
Y del ocaso el límpido arrebol.

De la comparación de los dos pensamientos que anteceden, ha surgido el tema de esta disertación.

Esas dos maneras extremas de apreciar cuestiones tan profundas y trascendentales revelan cuán inmenso es el campo abierto al intelecto humano en la consideración y el estudio del hombre, de su existencia y de la del universo en donde habita; y ello me ha inducido, nó a presentaros conclusiones de ningún género sobre problemas tan fascinadores y tan elevados, sino a ofreceros algunos pensamientos que mañana puedan servirle a quienes tienen hoy la paciencia de escucharme, como un aliciente y como un estímulo para pensar también en lo que tales problemas significan.

El espíritu humano se engrandece y se ennoblece cuando, apartándose de las cosas que tiene junto a sí, levanta la mirada y contempla el firmamento cuajado de estrellas. El espectáculo es sublime y majestuoso: en él se han originado todas las cosmogonías de las razas más diferentes y de los pueblos más extraños; en él se han inspirado los más bellos pensamientos de los poetas y las más grandiosas creaciones y conquistas de la ciencia. Y cuando el hombre alcanza a comprender que el mundo en que habita es apenas una parte casi imperceptible de ese todo armónico y bello que se llama el universo, es natural que investigue cuál es su papel en ese concierto incomparable y cuáles son el origen y el objeto de su presencia en esta isla flotante en el inmenso océano del espacio.

El asunto no puede ser más digno de vuestro interés pues el problema de la vida y de su finalidad ha sido una de las perennes cuestiones propuestas a la razón humana desde que el hombre poseyó el poder intelectual de observar los fénomenos de la naturaleza y de encontrar entre ellos la correlación que los une estrechamente; problema que ha sido confrontado antes y que lo es actualmente todos los

uniformes y simples en que la ciencia había venido creyendo, sino verdaderos sistemas complejos y de una actividad y energía maravillosas. Todo átomo se compone de un nucleo alrededor del cual gira con vertiginosa rapidez pero a diferentes distancias un número variable de corpúsculos llamados *electrones;* y es el número de éstos el que determina la naturaleza del átomo. Un átomo del metal uranio contiene 92 electrones, y un átomo de hidrógeno contiene sólo un electrón. Pero en todos los átomos, cualquiera que sea el cuerpo en donde se hallen, los electrones son idénticos, son fragmentos de electricidad negativa en movimiento. Cuando el átomo de uranio pierde por su ruptura y por disgregaciones sucesivas cuatro electrones que se lanzan al espacio en forma de emanaciones lumínicas, ya el átomo no es de uranio, sino del metal más prodigioso que la ciencia conoce, el radio. Pero los electrones son siempre los mismos, y así los que se desprenden por ejemplo, de un átomo de carbón roto por alguna causa externa o interna son lo mismo que los que se desprenden de un átomo de torio o de cualquiera otro cuerpo simple.

Si toda la materia universal llega a reducirse a agregaciones más o menos densas de un elemento sólo, de un corpúsculo de dimensiones apenas concebibles para la mente humana ¿qué reflejo tiene tal hecho sobre la vida orgánica y sobre el origen y las formas de ésta? Un hombre ilustre, autoridad irrecusable en el mundo de la ciencia, el Doctor Moore, Profesor de Química Biológica de la Universidad de Oxford, contesta esta pregunta en una frase admirable por su sencillez y por su trascendencia. «Hoy se admite casi universalmente, — son sus palabras — *que existe una continuidad de evolución desde el electrón hasta el hombre*».

La vida orgánica, según esa conclusión, es apenas una etapa en la evolución continua del universo; es una florescencia efímera del gran árbol de la naturaleza, que ha aparecido en la tierra como ha aparecido seguramente antes en innumerables mundos y que seguirá apareciendo en for-

mas infinitas en cada uno de esos sistemas que nuestra vista contempla todas las noches, que el telescopio nos revela en toda su grandeza y que la ciencia nos presenta como formando parte de un todo inmenso que sobrepasa en sublimidad a cuanto la mente humana puede concebir como sublime.

No me es posible entrar en los detalles de la demostración científica con que el Profesor Moore sostiene su afirmación, pero es innegable que la vida orgánica comenzó en formas rudimentarias y que mediante un largo proceso de transformaciones sucesivas ha llegado a culminar en una variedad de organismos complejos entre los cuales el hombre figura como el más elevado y el más perfecto.

El carácter de esta fiesta me obliga a ser breve; pero no puedo dejar de considerar desde un punto de vista más bien ético y filosófico que científico la otra faz del problema propuesto o sea la finalidad de nuestra existencia.

Cuál es él papel del hombre en este mundo? A dónde va y cuál es la ruta que sigue?

A estas preguntas contestan de diversos modos los moralistas y los filósofos. Para pesimistas como Schopenhauer y Carlyle el hombre es un animal dañino que no ha venido a la tierra sino para sufrir, para hacer sufrir o para cometer locuras.

Carlyle, contemplando el cielo en una noche estrellada y pensando en la posibilidad de que todas las estrellas estuvieran habitadas por seres humanos exclama: A sad spectacle! If they be inhabited, what a scope for misery and folly; if they be not inhabited, what a waste of space!

Escépticos como Bernard Shaw creen que la vida puede ser buena pero que hasta ahora ha sido mala, y que el ser supremo ha estado haciendo con diversas especies experimentos que le han salido fallidos: experimentó con animales formidables como el mastodonte, y tuvo que suprimirlos por inútiles; está experimentando ahora con el hombre y el resultado ha sido también malo, por lo cual él, Shaw, espera que Dios en su próxima experiencia tenga mejor éxito

lanzando al mundo un ser menos imperfecto; pero últimamente en comentarios que he visto de su última obra Back to Methusaleh me parece hallar una modificación substancial de sus conclusiones, pues ahora sostiene que el mal del hombre es su corta vida que no le permite aprovecharse para ser mejor de la experiencia que gana en el curso de los pocos años de su existencia. Los estadistas, dice, alcanzan a ganar cierta experiencia de los negocios públicos, pero cuando están preparados para aprovecharla se mueren, y como el fenómeno se repite siempre, nunca llegamos a tener estadistas o políticos expertos.

Una cancioncilla francesa muy conocida nos dá un concepto melancólico de la existencia humana. Dice así:

La vie est bréve:
Un peu d'amour,
Un peu de réve,
Et puis bon jour.

—

La vie est vaine;
Un peu d'espoir,
Un peu de haine
Et puis, bon soir.

Pero en frente de esos filósofos que han visto el mundo por su faz tétrica, repulsiva y triste, hay muchos otros de sabiduría y de serenidad impecables que tienen de la vida un concepto distinto. John Burroughs, célebre naturalista y filósofo americano, muerto hace algunos meses a la edad de ochenta y cuatro años, ha dejado escrita su eterna despedida de la vida en un pequeño libro titulado *Accepting the Universe*, obra inspirada y noble en cuyo prólogo se encuentran estas frases:

«Puedo decir de este volúmen que abarca muchos temas, pero que en él hay un pensamiento central al cual convergen todos y es el de que el universo es bueno y que debemos considerar una rara fortuna el formar parte de él.

«El corazón de la naturaleza es sano y justo. Experi-

mento hacia esa gran Madre un sentimiento semejante al del hombre que toma una póliza de seguro porque cree que la Compañía es solvente y cumplirá sus obligaciones. Yo considero al universo como solvente y digno de confianza. En otras palabras, este es un libro de radical optimismo».

John Burroughs tiene razón. La vida en su conjunto y como resultante de las diversas fuerzas que la crean, la conducen y la dirigen, es en definitiva armónica y buena. Los males que el individuo aislado percibe o soporta, se pierden en la gran suma total de las alegrías de millones que no sufren y gozan de la normalidad de una existencia sana, y el mundo marcha hacia la eliminación de muchas causas de penas o dolores individuales por medio del mejoramiento social en variadísimos sentidos y aspectos.

Yo también soy optimista. Creo que la naturaleza humana progresa y asciende en el sentido de una mayor amplitud de su vida emocional y, eso sólo basta para descubrir nuevas y hermosas perspectivas de perfeccionamiento.

La diferencia esencial aparente entre el hombre y los demás seres inferiores que lo rodean, no está solo en su mayor poder intelectual, sino también en su mayor capacidad emotiva.

Existen tesoros inexplorados en la emoción humana que nos mueven instintivamente a sufrir con los hambreados de Rusia, con las víctimas de un terromoto o de un incendio en lugares lejanos y desconocidos, y que nos hacen sentir como cosa propia las alegrías de la victoria de una causa justa. Todas esas son revelaciones de la vida emocional que va ensanchando sus horizontes y multiplicando los impulsos de la benevolencia, pues en ella residen las fuentes de la caridad, de la generosidad y de la cooperación altruista.

La vida humana tiene para mí su justificación y su grandeza, su explicación y su eficacia en el mundo interno de la emoción. Esta es su gloria y su alegría, su consuelo y su esperanza, pues ella lleva en su seno el principio del amor y del bien en sus formas más hermosas.

Esta misma concurrencia que me escucha es una prueba de la fuerza dominadora del sentimiento que impulsa y guía a la especie humana. Estáis aquí porque con vuestro óbolo vais a enjugar una lágrima, a calmar un dolor, a hacer llegar un rayo de esperanza a corazones tristes y enlutados; y venís con júbilo y con entusiasmo a ejecutar esa obra que sólo los hombres saben cómo ejecutar.

Véamos, pues sin recelo el curso y la evolución de la vida: véamos ésta por el aspecto que ennoblece y eleva, por el lado de las emociones generosas y benévolas, y tengamos fé en el advenimiento de una sociedad humana cada día mejor que lleve por lema perenne e inolvidable la conocida frase latina: *Sursum Corda.*

EL MODERNO CONCEPTO DE COACCION

Por C. PUIG V.

La coacción como medio de hacer cumplir la ley, es un hecho que se ofrece realmente a la sensación de todo individuo.

Esa fuerza, esa presión, que se deposita en manos de quien ejerce o tiene en su poder la autoridad, ha sido objeto y materia de varias discusiones y de doctrinas diversas, al querer justificarla.

Hay quienes combaten esa coacción, por creerla atentatoria contra la libertad humana y piden su desaparición, para que la vida se produzca espontáneamente; otros la admiten como simple reguladora del libre desarrollo de las actividades individuales; y los hay que la estiman de carácter trascendental, justificándola como algo exigido por la naturaleza humana y preestablecido por el derecho natural.

De allí las diferentes escuelas, las distintas ideologías políticas.

Pero, ¿no será posible armonizar todas estas tendencias mediante una construcción armónica que resuelva todas esas oposiciones y quitando a cada una su deseo de primacía, nos lleve a una concepción superior que contenga en sí la mayor realidad posible, a la vez que se despoje de todos los excesos de celo de los afiliados a tan distintas doctrinas?

Tal vez no sea muy difícil.

Ante todo, no podemos dejar de admitir una afirmación previa: El hombre actual no se encuentra en el mismo gra-

do de cultura que el de hace veinte siglos; ha progresado mucho. La enorme cantidad de energía vital desarrollada durante todo ese tiempo, le ha hecho mejorar sus nociones, elevar sus conceptos y de la misma vida tiene formada otra idea, no sólo en cuanto a su finalidad (solidaridad humana) sino también en cuanto a la suma de satisfacciones que es posible obtener de ella (bienestar social). El hombre actual, sea por invención, sea por asimilación propia o heredada, mantiene, pues, diferentes puntos de vista que el hombre primitivo y aun que los de épocas no muy distantes.

Luego, el sér humano ha ido perfeccionándose constantemente y elevando su sensibilidad, hasta presentar el tipo contemporáneo, que, al nacer, encuentra ya en los núcleos colectivos organizados, un conjunto de sensaciones e ideas (el achievement de Ward) que constituyen algo así como el acervo, bagaje o caudal de experiencias y progreso, en todos los órdenes vitales, con que le recibe la humanidad.

Este bagaje impide el retroceso cultural del hombre en forma permanente, y de darse cualquier salto atrás, hace que éste retorne hacia adelante.

Si todo esto es una verdad axiomática, nada puede impedirnos esperar que esta evolución continúe en lo sucesivo, y que dentro de veinte siglos más, nuestras actuales ideas nuestros conceptos, organizaciones, instituciones, etc. estén, a su vez, fuera de toda similitud, con las que entonces se encuentren en vigor.

Podemos, pues, muy bien, pensar en agregar una más a la clasificación de etapas que hizo Morgan del desarrollo de la humanidad y a los tres ya decurridos: salvajismo, barbarie y civilización, añadir un futuro período de supercultura.

Paralelamente, con este movimiento cultural de la especie, correspondiéndose con él, se ha producido una evolución del concepto coacción y se puede afirmar, con la Historia como respaldo de esa aseveración, que la fuerza al servicio de las organizaciones políticas llamadas Estados, ha

ido cediendo constantemente en intensidad y en moralidad — con ligeros paréntesis regresivos — hasta llegar a la época actual en que se puede apreciar una enorme diferencia entre nuestra coacción y la de los tiempos primitivos.

Todo hace esperar que este movimiento de descongestión del aspecto-fuerza, como elemento orgánico del Estado, continuará en lo sucesivo y que después de algunos siglos, nuestra coacción actual, a su vez, será materia de estudios históricos y de críticas más o menos benévolas, de las generaciones que vengan, en las que mediante los progresos científicos se habrá mejorado el tratamiento de la humanidad que la coacción constituye, utilizando métodos y sistemas distintos.

Podría, pues, sin riesgo de equivocarse, establecerse una ley sociológica referente a la coacción al servicio del Estado, que dijera más o menos: «la fuerza como medio de garantía del orden de vida que el Estado establece, será cada vez menor, según sea mayor la cultura del grupo humano», o en otros términos: la intensidad de la coacción está en razón inversa del progreso del grupo.

Esta ley, es fácil de comprobar en un análisis de realidad presente y también en la Historia.

Mientras más bajo es el nivel cultural de un individuo, mayor será la influencia que en él ejerza el temor al castigo del Estado para que obre bien y ajuste su vida a lo que en un momento dado se estima como orden de vida por la colectividad.

Un hombre civilizado, culto, que ha desarrollado su sensibilidad y formado su concepto sobre el valor ético de las diferentes solicitaciones de la vida, no necesitará del temor para obrar bien. Un hombre de cultura deficiente, un salvaje de nuestras selvas, sin cultivo para dominar sus pasiones y sin educación para discernir con ventaja y para hacer un avalúo moral sobre esas mismas solicitaciones, se detendrá en muchos casos, sólo ante la perspectiva del castigo que ha observado se ha impuesto a otros en casos análogos.

Históricamente, la ley antes establecida, también sale victoriosa. La coacción en los primeros grupos sociales, meras organizaciones para la lucha, bajo el comando del más fuerte, era una coacción ciega, arbitraria, sin otra orientación que la voluntad del jefe o señor bajo cuyas órdenes se combatía. El enemigo no podía complicar la vida del grupo sino desde fuera, pues si caía en manos del vencedor, era exterminado.

Con posterioridad, el establecimiento de la esclavitud dulcificó el rigor de la lucha y convirtió el problema de la fuerza de mando en interior, exigiendo medidas para la sumisión de los adversarios caídos bajo el yugo del triunfador. La autoridad entonces se hizo más compleja y la coacción admitió graduaciones: menos fuerte para los propios en cuanto impedía la disolución del grupo, a impulsos de los sentimientos egoístas; más fuerte para los extraños, sometidos a la servidumbre, para los esclavos.

Más tarde, la esclavitud evoluciona y ya no se integra con sólo enemigos tomados prisioneros, la componen los hijos de los anteriores esclavos, y se suceden generaciones de siervos que pasan a constituír una clase social destinada a cierta clase de trabajos imcompatibles con la dignidad de los hombres libres de aquéllos que la naturaleza hizo para mandar según la concepción aristotélica.

Tras la esclavitud vinieron las castas o círculos cerrados y luego las clases sociales que se conservan hasta hoy, si bien no reconocidas por el derecho escrito, como antes, ni formando parte de la organización política como en el medioevo con su rey, su clero, su nobleza, su estado llano y sus siervos.

Las clases existen de hecho hoy en día, dentro del sistema económico en vigencia, si bien ellas se ductilizan y dentro de un régimen timocrático permiten el acceso a los de clases inferiores a las capas superiores, como a su vez miran indolentemente la caída de los de clases elevadas a las llamadas bajas capas sociales.

La coacción a su vez está ya en otro plano. Nadie habla

ahora de un poder de ordenación trascendental, ni de la absoluta voluntad de un soberano, ni menos del derecho de vida y muerte sobre el esclavo; estos conceptos pasaron a la categoría de recuerdos. Hoy se justifica la fuerza, como energía para el sostenimiento del actual orden de vida; a este orden de vida, se le llama derecho; y dentro de él, el liberalismo con su teoría de la coacción del Estado como condicionadora de la libre actividad individual, ha distraído por algún tiempo la atención de la Humanidad.

No tratamos de ir a la justificación de todos los abusos que el Poder público ha llevado a cabo en el decurso de sus diferentes actuaciones; pero sí creemos que esos excesos correspondieron a épocas de una mentalidad inferior, lo que hace imposible que se puedan repetir ahora, por instintiva repugnancia de parte de los mismos en cuyas manos se deposite la autoridad.

De allí que nos parezca lo más acertado la interpretación que Adolfo Posada hace de la coacción como una fuerza educativa, mal establecida en los primeros momentos, por no haberse entendido su aspecto pedagógico; pero de factible evolución, hoy que la Pedagogía ha avanzado tanto.

La coacción es, pues, eminentemente educadora y su ejercicio está sometido a las reglas de la Pedagogía. Para combatir la coacción, para disminuír su rigor, nada más efectivo que intensificar la educación de los grupos sociales a fin de que exaltado así el sentimiento de deber, antes que el de derecho, reafirmada la bondad ética del altruísmo y aceptada la existencia de un interés social superior al interés individual, ir voluntariamente, si no a la abolición de la coacción cuando menos a disminuír su intervención y su rigor mismo, y al establecimiento de un orden con el máximum de espontaneidad posible dentro del cual se puedan elaborar sucesivos ideales de órdenes de vida en que aparezca cada vez más exaltado el principio del interés colectivo, como determinante de normas de conducta.

Así considerada la coacción, va contra ella misma, pues si significa educación, si quiere decir violencia para mejorar

las condiciones culturales del grupo, y si es tanto más innecesaria cuanto más esa cultura se intensifique, es claro que va contra sí misma.

De allí que se crea que la Pedagogía y el Educador, constituyan la Ciencia y la función social más importantes, y que se diga que la mejor política que puede seguirse, que la mejor renovación que puede verificarse, es la política educativa y la renovación ideológica, levantando el nivel cultural de las masas.

Esta política debe ser amplia, no debe limitarse a la formación de grupos super-ilustrados, para contraste con grandes mayorías ignorantes, sino que debe ir a los últimos confines del elemento personal y preocuparse más del establecimiento de un sistema educativo integral, que de la preparación de contadas eminencias.

Después de lo dicho, ¿qué queda de la coacción?.

Por ahora, la esperanza de que se atenúe al intensificar la cultura humana, mañana, el recuerdo de la coacción actual, análogo al que ahora tenemos de la coacción de hace veinte siglos.

□□□□

PROCESO EVOLUTIVO DE LAS IDEAS Y PRECISION DE LAS PALABRAS QUE LAS EXPRESAN

Por FEDERICO CALVO

Basta conocer el proceso de formación de las ideas concretas para comprender el complicado de las abstractas, que son la síntesis de las particulares y generales. De ahí que sea evidente la afirmación de que abstraer es disociar ideas.

Este problema psicológico envuelve mucha importancia desde el punto de vista pedagógico, por cuanto de su conocimiento positivo depende la buena dirección que se imprima a los métodos encaminados a desarrollar la mentalidad de los estudiantes.

Sin este recurso resulta que las palabras no tienen en los individuos significaciones precisas y tal situación complica las tareas instructivas y educativas y se presta a multitud de equívocos, los cuales traen consigo la consagración de vocablos tan huecos como la palabra «derecho» en el orden jurídico y cuya imprecisión dejamos señalada en un artículo publicado en el número anterior de esta revista.

También ocurre frecuentemente el caso de individuos que tienen la palabra, pero no la idea que ella simboliza, o tienen la idea sin la palabra que la representa.

En cuanto a las palabras abstractas las dificultades son extraordinarias, hasta el extremo de que por falta de una comprensión racional de esos símbolos expresivos, el criterio lógico se pervierte y se llega fácilmente a las convicciones enrevesadas.

El asunto merece, pues, toda la atención de los hombres estudiosos a quienes excitamos por medio de este artículo, máxime cuando se trata de cuestiones de lenguaje que tanto preocupan a los cultores literarios y a los apóstoles del buen decir.

Rodolfo Senet trae este esquema sobre el proceso de formación de las ideas particulares, el cual reproducimos por su claridad y por lo que nos enseña con respecto a las ideas generales y abstractas, las cuales derivan de las particulares, que son la base del pensamiento humano en sus diversas y complicadas manifestaciones.

«El primer elemento de las ideas — dice Senet — es la sensación; éstas agrupándose dan origen a las percepciones, y las relaciones entre las percepciones, ya sean perpetuadas

por la memoria, ya sean adquiridas en el presente, o bien

densidad) ; los centros 1' 1' 1' representan las visuales (forma, color, tamaño) ; los centros 1" 1" 1" representan las gustativas y olfativas (olor, dulce, fresca). Los centros 1 1 1 se sintetizan en el centro 2, los 1' 1' 1' en 2' y los 1" 1" 1" en 2". El centro 2' ya constituye una percepción, que se sintetiza en el centro 3, el cual fusiona todas las percepciones que constituyen la idea concreta de una naranja. Este análisis quedará grabado en la memoria y a fuerza de repetirse se hará subconsciente y quedará sólo la síntesis, la idea, y al evocarla no tendremos que volver al análisis. Así, al decir «naranja» los individuos visuales la verán, los motores creerán tocarla y los gustativos y olfativos, gustarla y olerla».

La palabra «naranja» viene a sintetizar el proceso sensorial y perceptivo y a facilitar la forma expresiva de la idea. Pues «a la medida en que el pensamiento evoluciona — escribe Aníbal Ponce — las imágenes genéricas van resultando incómodas y groseras y se hacen necesarias las imágenes verbales, que son un esquema mucho más ágil y simplificado. La intuición actúa mediante el mecanismo de las imágenes sensoriales y la razón con el instrumento de la palabra».

De las ideas particulares o concretas derivan las genéricas y de éstas las abstractas, siguiendo el orden evolutivo marcado por la naturaleza, que es el de lo simple a lo complejo. El proceso es siempre de la misma naturaleza, pero de mecanismo más complicado y en razón directa de la perfectibilidad del aparato nervioso.

Las palabras de que nos valemos para expresar las ideas genéricas tienen necesariamente que tener más amplias significaciones que las que expresan las ideas particulares o concretas, y más aún, las que simbolizan las ideas abstractas, porque en este caso intervienen no sólo el proceso perceptivo, sino los más complicados de la asociación de las ideas, cuyas diversas modalidades han motivado muy interesantes clasificaciones, pero sin lograr la solución definitiva del problema.

Estos datos que suministra la experimentación psicológica nos demuestran la importancia que envuelven los fenómenos lingüísticos, de ordinario estudiados sobre principios arbitrarios y sobre razones acomodaticias. Generalmente se dice que las palabras no tienen ante la realidad de las cosas, sino importancia muy secundaria y discutible, sin advertir que la habilidad del lenguaje, como lo ha constatado con muchas experiencias psicométricas el profesor Terrell, es correlativa de la normalidad del *status* mental de los individuos, salvo el caso en que éstos posean facultades expresivas de otro orden.

Sobre este particular de tanta importancia pedagógica, Alfredo Binet, el eminente psicólogo francés, se expresa de esta suerte: «Por mi parte, hace ya mucho tiempo que he notado estos hechos; pero hasta ahora comprendo su importancia. Me ocurrió esto en el curso de indagaciones sobre la inteligencia, las cuales verifico por medio de numerosos *tests;* los unos sobre la comparación de sensaciones, el juicio de sensaciones, la memoria de sensaciones, la clasificación de sensaciones o la ejecución rápida y cuidadosa de movimientos y actos complicados. Consisten otros experimentos en definir palabras, en retener cifras, en ordenar palabras, en comprender pasajes abstractos, en criticar pensamientos absurdos. Las primeras pruebas pueden llamarse de inteligencia sensorial y las segundas de inteligencia verbal. Ignoraba que la diferencia de estos dos grupos fuese tan importante; pero los resultados obtenidos me han comprobado hasta la evidencia que entre la inteligencia sensorial y la verbal hay muy marcadas diferencias».

La habilidad del lenguaje no es, pues, la misma en todos los individuos, y como esta facultad expresiva es tan indispensable en todos los actos de la vida, por demás está encarecer a los maestros y preceptores una atención especial para los efectos de su enseñanza, valiéndose de los recursos que señala Binet, de definir las palabras, ordenarlas, analizar los vocablos abstractos, criticar los absurdos y darle al vocabulario común y corriente toda su validez expresi-

va y comprensiva, sin descuidar las exigencias de pronunciación correcta y de dicción castiza.

El análisis de las palabras genéricas y abstractas es de suma importancia en el estudio del lenguaje, para evitar los absurdos de criterio provenientes de la significación concreta que de ordinario se les da a esta clase de palabras, no sólo entre los estudiantes sino entre los letrados. No se tiene en cuenta o se ignora las más de las veces, que las ideas genéricas son combinaciones de las concretas o particulares y que las abstractas son una síntesis de las unas y de las otras.

En asuntos literarios la significación precisa de las palabras no es tan exigente como en los asuntos científicos y filosóficos; el literato va siempre en pos de las sonoridades verbales y de la variedad de los vocablos, mientras que el cientista y el filósofo necesitan forzosamente de términos de significación precisa, sin los cuales las ideas quedarán confusamente expresadas.

El vocabulario de los primeros puede ser cuantitativo; pero el de los segundos tiene necesariamente que ser cualitativo. Sin embargo, cuánto mejor sería que todos pusiésemos especial atención a la precisión del lenguaje, evitando esa superabundancia de palabras de que están cuajados los diccionarios y cuya sinonimia pone de manifiesto su exceso con relación a las ideas, muchas de las cuales no pueden expresarse claramente por falta de neologismos indispensables y que los académicos de la lengua no aceptan en el convencimiento, probablemente, de que las ideas deben estar subordinadas a las palabras y no éstas a aquéllas, como queda demostrado con el proceso de la ideación.

Mantenemos un panteón de términos obsoletos, que los literatos y los poetas desentierran en sus afanes de originalidad, y carecemos de palabras concretas indispensables para expresar las nociones que nos suministran directamente los sentidos, afectados por las grandes novedades de la ciencia y de la industria modernos. Somos muy ricos en palabras muertas y muy pobres en palabras vivas.

Esta situación es común para todas las lenguas derivades del latín, debido al fomento inmoderado de la inteligencia verbal entre los pueblos de esta raza, creyéndola muy superior y más prestigiosa que la sensorial y sin advertir que tanto la una como la otra obedecen a condiciones orgánicas individuales y no a determinados métodos educativos. «Guardémonos de establecer distinciones arbitrarias y enojosas entre la inteligencia sensorial y la verbal — dice Binet —; tales prejuicios del antiguo mundo, ya se están aboliendo en Norte América. Si la vocación manual se encuentra con tanta frecuencia en la clase obrera, en cambio, ¿no es indispensable en el sabio, particularmente el experimentador?. Y además, la inteligencia sensorial no consiste sólo en la habilidad y la destreza, es sobre todo una inteligencia de imágenes y de sensaciones, y si fuese preciso realzar su nobleza, recordemos que tal inteligencia es la del artista en todas sus manifestaciones geniales».

Los pueblos sajones miden el avance del progreso más bien por las manifestaciones de la inteligencia sensorial y los latinos lo medimos por las de la inteligencia verbal, y en ese empeño, llevado hasta el fanatismo, creemos que valen muchísimo más para los intereses humanos esa infinidad de libracos clásicos que aglomeramos orgullosos en las bibliotecas, que los prodigios de ingeniería y de mecánica que ostentan los Estados Unidos.

Decimos irreflexivamente que nuestro progreso es espiritual y el de los sajones material, como si el avance humano no necesitase para su validez del concurso de las inteligencias sensoriales y verbales, y más de aquéllas que de éstas, por cuanto no se prestan a las frondosidades improductivas del discurso, ni brindan asidero a las divagaciones estériles.

Y tan cierto es esto, que a donde quiera que predomina el tipo verbal, considerado como el exponente más legítimo de la humana inteligencia, y a donde se fomenta en exceso la literatura y las bellas letras, la civilización tiende a retardarse considerablemente en sus manifestaciones prácticas

y espirituales. A este propósito hemos encontrado una página magistral de Binet, cuya reproducción se impone en este lugar, para finalizar atractivamente nuestro pobre artículo. Dice así:

«Llegamos a la última división de los espíritus; ésta es ya muy conocida en América, donde el desenvolvimiento de las escuelas profesionales y técnicas es tan floreciente, y donde también desde la escuela primaria se ha dado tanto margen a los trabajos manuales; pero en Francia aún nos hallamos bien retrasados, y las ideas populares hoy en día, clásicas del otro lado del Atlántico, resultan aún nuevas entre nosotros; la importancia de las artes manuales no es apreciada en modo alguno en su verdadero valor. La costumbre de calificar de poco inteligentes a los que no hablan o escriben bien, todavía permanece arraigada al criterio general. Conocí un joven que se expresaba con dificultad; le ví hacer ensayos descriptivos realmente lamentables; sus frases resultaban tan incorrectas y tan torpes que apenas se comprendía su pensamiento; la mayor parte de las veces, como si hubiera tenido conciencia de su defecto de lenguaje, permanecía silencioso o contestaba en monosílabos. Sus cartas de una escritura infantil, eran tan lacónicas como sus palabras. A los veinte años, después de haber recibido las lecciones literarias de los mejores maestros, redactaba párrafos dignos de un niño de ocho a nueve años. En cambio, era un muchacho hábil y diestro; muy dúctil de cuerpo, sobresalía en los ejercicios físicos; tenía ingenio para arreglar relojes descompuestos, y ejecutaba con gusto trabajos manuales. Frecuentemente me sorprendí con su espíritu de observación; gustaba del campo y había hecho observaciones muy justas sobre los hábitos de los animales y las plantas; en este punto aventajaba a sus hermanos. Sus padres no se engañaron acerca de sus aptitudes; hicieron de él un agrónomo. En la escuela de agricultura ocupó los primeros puestos, y habría alcanzado el primero si no hubiese fracasado en una prueba literaria que deslució sus trabajos».

□□□□

VERDAD, CIENCIA, IDEAL

Por JOSE INGENIEROS

I. — *Verdad*

1. *El amor a la verdad es la más noble de las fuerzas morales.* Virtud humana, no necesita convertirse en la adoración de un mito racional. Quede para el dogmática la presunción de poseer verdades imperfectibles, para el escéptico el renunciamiento a toda posible verdad, para el místico la confianza en inmutables verdades reveladas; más respetable que cualquiera opinión metafísica es el valor moral implícito en la investigación de la verdad, por todos los caminos que pueden acercarnos a ella, tal como podemos concebirla en nuestro punto del espacio y momento del tiempo. Hay menos mérito en la ilusión de poseer verdades absolutas que en el esfuerzo puesto en buscarlas relativas, sin asentir a fórmulas consagradas por la rutina de los demás, sin atacar nada que excluya el contralor de la experiencia y de la crítica.

Si el mudar incesante de lo real determina la variación de lo conocible y de lo conociente, cuyas relaciones sólo pueden concebirse como un equilibrio instable, toda verdad expresa una perfectible correlación funcional. No es lícito, pues, concebir la existencia de verdades absolutas, preexistentes en la razón abstracta; en una experiencia como la humana, formada en función de un universo variante, devienen sin cesar verdades relativas a esa variancia misma.

El ignorante vive tranquilo en un mundo supersticioso, poblándolo de absurdos temores y de vanas esperanzas;

es crédulo, como el salvaje o el niño; si alguna vez duda, prefiere seguir mintiendo lo que ya no cree; si descubre que es cómplice de mentiras colectivas, calla sumiso y acomoda a ellas su entendimiento.

El estudioso, si duda de las supersticiones, no omite sacrificios para emanciparse del error; rectifica sus creencias con amor y con firmeza; no teme ilusorios fantasmas; se mueve con naturalidad en su ambiente, equivocándose cada vez menos en la preciación de las cosas y de los hombres.

Todo error sincero merece respetuosa consideración. Es, en cambio, despreciable la hipocresía del que oculta sus ideas por venales motivos; y es criminal la mentira del que la enseña a sabiendas por torpes conveniencias.

Se puede amar la verdad poseyendo creencias inexactas. Pero el hombre que adhiere a las mentiras corrientes sin creer en ellas, es inmoral; no lo es menos el que sospecha que sus creencias son falsas, pero se niega a investigarlo, prefiriendo medrar del error a sufrir por la verdad. Desgraciados los que no conciben a Sócrates, que muere enseñando, ni a Galileo, que repite en el tormento su *eppur si muove*, como una apelación a la justicia de la posteridad.

* * *

2. *Las supersticiones perpetúan entre los hombres el odio y la injusticia.* Son residuos fósiles de creencias ya extinguidas; del remoto pasado, inmenso sepulcro, se levantan sus fantasmas para cruzar el paso a los que investigan la verdad. Son males que en el porvenir tendrán remedio, si no es irreparable la mentira que esclaviza a los hombres, ni la ignorancia que los domestica. Todos los tartufos lo sospechan y nada les parece excesivo para perseguir la verdad, cuando asoma en el verbo de un apóstol o en la conciencia de un pueblo.

Equivocarse es humano; podemos perdonar al que se equivoca, si tiene el valor de confesarlo cuando se le demuestra su error. En cambio, quien carece de lealtad para reco-

nocer sus errores, es tanto más despreciable cuando mayor es su empecinamiento. El que miente es un falsario, capaz de torcer la verdad, de embrollarla. de corromperla, de perseguirla. Los hombres que viven inmoralmente aborrecen la verdad y caen siempre en la cobardía de mentir.

Contados son los que desatan las ligaduras de lo convencional; contados los que tienen fe en la eficacia de la verdad y en una nueva educación que permita, en el porvenir, encaminarse hacia ideales más altos. El hombre no necesita para la marcha las muletas de ningún dogmatismo; los que tienen temperamento místico pueden conciliar sus sentimientos con su razón recordando el aforismo clásico: *no hay religión más elevada que la verdad.* Sin las fuerzas morales que nacen del amor a ella, los hombres no se emancipan de las supersticiones que son su yugo. El pasado oprime a los débiles y los ata a dogmas que otros forjaron; los muertos nos mandan en razón inversa de nuestra capacidad de vivir.

El que en nombre de errores tradicionales se opone a la libre investigación de la verdad, conspira contra la dignificación de su pueblo. Ningún sistema del pasado merece que se le sacrifique una hipótesis del porvenir. Nada debemos acatar antes de comparar hechos con hechos, ideas con ideas, doctrinas con doctrinas. Creer en el primer catecismo que se nos enseña o se nos impone, es renunciar a nuestra personalidad; adherir intencionalmente al que conviene a nuestros intereses materiales, equivale a renegar de toda moral.

Los dogmatismos son coacciones que los beneficiarios de la mentira hacen gravitar sobre nuestra conciencia. Las castas y las sectas imponen el sacrificio de algunas verdades o una limitación del libre examen. Por eso los grandes renovadores suelen sobreponerse a todos los dogmas, puesta su pupila en ideales que no caben en los casilleros de su tiempo; los aman y los sirven sin sujetarse.

Heraldos de un ideal son los que no enmudecen ante la hostilidad de los rutinarios; apóstoles son los que no acomo-

dan su conciencia a viles necesidades de aprovechamiento personal. Su obra y su ejemplo sobreviven en los siglos, acrecentando el patriotismo moral de la estirpe humana.

* * *

3. *Todo progreso moral es el triunfo de una verdad sobre una superstición.* El Renacimiento de las artes y las ciencias fué una revolución tan grande que aún persiste el eco de ese conflicto entre la medioeval no extinguido y lo moderno en formación. Y la fuerza magnífica puesta en juego por sus actores, fué la verdad; el deseo de la verdad lógica, en la ciencia; el deseo de la belleza, que es la verdad en el arte; el deso de la virtud, que es la verdad en la moral; el deseo de la justicia, que es la verdad en el derecho.

Amar la verdad es contribuír a la elevación del mundo moral; por eso ningún sentimiento es más odiado por los que medran de mentir. En todos los tiempos y lugares, el que expresa su verdad en voz alta, como la cree, lealmente, causa inquietud entre los que viven a la sombra de los intereses creados. Pero aunque a toda hora le acechen la intriga y la venganza, el que ama su verdad no la calla; el hombre digno prefiere morir una sola vez, llevando incólume su tesoro.

El cobarde muere moralmente cien veces, si otras tantas reniega por miedo; es vil quien prostituye sus creencias en la hora del peligro, mintiendo para ganar el perdón de sus propios enemigos. La cobardía moral es de suyo tan infame que ninguna pena podría aumentar su vergüenza; y la mayor de todas las cobardías consiste en callar la verdad para recoger las ventajas que ofrece la complicidad con la mentira.

Las verdades pueden ser peligrosas para quienes las predican. Pero el que las ama, lejos de arredrarse por el peligro, debe provocarlo, enseñándolas a los que aún pueden aprenderlas, pues en el corazón de los jóvenes la verdad es como el calor del sol, que en los jardines se convierte en flores.

La verdad es la más temida de las fuerzas revolucionarias; los pequeños motines se fraguan con armas de soldados, las grandes revoluciones se hacen con doctrinas de pensadores. Todos los que han pretendido eternizar una injusticia, en cualquier tiempo y lugar, han temido menos a los conspiradores políticos que a los heraldos de la verdad, porque ésta, pensada, hablada, escrita, contagiada, produce en los pueblos cambios más profundos que la violencia. Ella — siempre perseguida, siempre invencible — es el más eficaz instrumento de redención moral que se ha conocido en la historia de la humanidad.

II. — *Ciencia*

1. *Las ciencias son sistemas de verdades cada vez menos imperfectos.* La experiencia de mil siglos ha recorrido múltiples caminos en la exploración de lo desconocido y cada nueva generación podrá llegar más lejos por ellos o aventurarse por otros aún insospechados; las metas se alejan incesantemente y toda verificación plantea problemas que antes de ella no podían preverse. En cada etapa del desenvolvimiento científico, el amor a la verdad aconseja no considerar inmutables las hipótesis legítimas de las ciencias, pero obliga a reputar ilegítimas las que no concuerdan con sus leyes demostrables.

Siendo variantes los elementos de nuestra experiencia y sus relaciones, toda ley enuncia una constancia en los hechos y es una expresión perfectible de relatividades funcionales. La noción de principios absolutos e invariantes es absurda y no merece llamarse hombre de ciencia quien padezca esas supersticiones trascendentales de los antiguos teólogos y metafísicos; los que desean o temen que las ciencias fijen dogmas nuevos en reemplazo de los viejos, demuestran no haber estudiado ciencia alguna y no estar capacitados para su estudio.

Los métodos no son cánones eternos, sino hipótesis económicas de investigación, inducidas de la experiencia misma; conducen a resultados rectificables que constituyen conocimientos relativos, presumiéndose ilimitada su posible perfección. Debe inferirse de ello que no existen ciencias terminadas; es tan ilógico creer que ellas han resuelto los infinitos enigmas de la naturaleza, como suponer que puede entenderse alguno sin estudiar previamente las ciencias que con él se relacionan.

Cada ciencia es un sistema expresable por ecuaciones funcionales cuyos elementos variantes son hipótesis que sirven de andamiaje al conocimiento de una parte de lo real; el valor de cada hipótesis no es relativo a ningún principio invariante, sino al de otras hipótesis, siendo cada una función de las demás. En alguna futura teoría funcional del conocimiento podrán concebirse las mismas hipótesis metafísicas como complejas ecuaciones funcionales, cuya variancia inexperiencial esté condicionada por las variancias experienciales, correlacionables todas en un sistema infinitamente perfectible.

* * *

2. *El saber humano se desenvuelve en función de la experiencia.* Todo lo que ha vivido, especies y generaciones, ha adquirido por adaptación y transmitido por herencia las aptitudes que constituyen el patrimonio instintivo que sirve de base a la experiencia humana; en ésta se combinan las impresiones de lo real, desde el desequilibrio inmediato del receptor sensitivo hasta las más abstractas reflexiones de la función de pensar.

Elementos simples se coordinan en los orígenes de nuestra experiencia; la caricia maternal, el canto de la cigarra, el tililar de la estrella, la dulzura de la miel, el perfume de la flor, todo concurre a nuestra representación inicial del mundo y se integra en el devenir de más conplejos conocimientos. El paso de las primitivas supersticiones prelógicas a las doctrinas científicas menos imperfectas, consiste

en la incesante sustitución de unas hipótesis por otras, cada vez mejor correlacionadas entre sí.

Las ciencias son los resultados de una milenaria colaboración social, en que se han combinado infinitas experiencias individuales. Cada sociedad, en un dado momento, posee cierta experiencia actual que es función de su ciencia posible; las hipótesis más arriesgadas son interpretaciones generales fundadas en los conocimientos de su medio y de su tiempo, por mucho que el genio se anticipe a la experiencia futura.

Patrimonio común de la sociedad, las ciencias no deben constituír un privilegio de castas herméticas ni es lícito que algunos hombres monopolicen sus resultados en perjuicio de los demás. El único límite a su difusión debe ser la capacidad para comprenderlas; el destino único de sus aplicaciones, aumentar la común felicidad de los hombres y permitirles una vida más digna.

Temiendo las consecuencias sociales de la extensión cultural, algunos priveligiados predicaron otrora *la ciencia por la ciencia*, pretendiendo reducirla a un placer solitario; los tiempos nuevos han reclamado *la ciencia para la vida* palanca de bienestar y de progreso. Cuando la sabiduría deje de ser un deporte de epicúreos podrá convertirse en fuerza moral de enaltecimiento humano.

* * *

3. *El espíritu científico excluye todo principio de autoridad.* Un sistema funcional compuesto de elementos variantes no puede conciliarse con dogmas cuya invariancia se presume inaccesible a todo examen y crítica. El desenvolvimiento del saber científico tiende a extinguir las verdades infalibles sustentadas en el principio de autoridad y reputadas inmutables.

Ninguna creencia de esa índole debe ser impuesta a los jóvenes, obstruyendo la adquisición de ulteriores conocimientos y la formación de nuevos ideales. Enseñar una ciencia no es trasmitir un catálogo de fórmulas definiti-

vas, sino desenvolver la aptitud para perfeccionarlas. Los investigadores ennoblecerán su propia ética cuando se desprendan de los dogmas convencionales que perturbaron la lógica de sus predecesores.

Las ciencias dejarían de perfeccionarse si la crítica no revisara incesantemente cada hipótesis en función de las demás; la duda metódica es la condición primera del espíritu científico y la actitud más propicia al incremento de la sabiduría. El amor a la verdad obliga a no creer lo que no puede probarse, a no aceptar lo indemostrado. Sin la firme resolución de cumplir los deberes de la crítica, examinando el valor lógico de las creencias, el hombre hace mal uso de la función de pensar y se convierte en vasallo de las pasiones propias o de los sofismas ajenos. El error ignora la crítica; la mentira la teme; la verdad nace de ella.

Merecen las ciencias el culto que les profesan los hombres libres. Son instrumentos de educación moral, elevan la mente, abuenan el corazón, enseñan a dominar los instintos antisociales. El amor a ellas, tornándose pasión, impulsa a renovar incesantemente las fuerzas morales del individuo y de la sociedad; el espíritu científico libera al hombre de misteriosas cadenas que son las más humillantes. Por la mejor comprensión de él mismo y del medio en que vive, aumentan su sentimiento de responsabilidad moral frente a las contingencias de la vida. Eliminan los vanos terrores que nacen de la ignorancia y engendran la superstición, devuelven a la humanidad su rango legítimo en la naturaleza y desarrollan un bello sentimiento de serenidad ante la instable harmonía del universo.

III. — *Ideal*

1. *Los ideales éticos son hipótesis de perfección.* Cada sociedad humana vive en continuo devenir para perfeccionar su adaptación a un medio que incesantemente varía;

las etapas venideras de ese proceso funcional son concebidas por la imaginación de los hombres en forma de ideales. Un hombre, un grupo o un pueblo son idealistas cuando conciben esos perfeccionamientos y ponen su energía al servicio de su realización.

Siendo expresiones de hipotéticos estados de equilibrio entre el pasado conocible y el porvenir imaginable, los ideales se postulan como anticipadas representaciones de procesos que se gestan continuamente en la inextricable realidad social; cuando lo expresan en una forma del posible devenir, son fantasmas vanos, fútiles quimeras.

El valor de los ideales, como hipótesis de perfectibilidad, es muy diverso; pero es la ulterior experiencia, y sólo ella, quien decide sobre su legitimidad en cada tiempo y lugar. Un ideal, como fuerza viva, es la antítesis de un dogma muerto; tanto difieren, el uno del otro, como un ruiseñor que canta en la rama difiere de su cadáver embalsamado en la vitrina de un museo.

Por eso conviene repetir que «en el curso de la vida social se seleccionan naturalmente; sobreviven los más adaptados, es decir, los coincidentes con el perfeccionamiento efectivo. Mientras la experiencia no da su fallo, todo ideal es respetable, aunque parezca absurdo. Y es útil, por su fuerza de contraste; si es falso muere solo, no daña. Todo ideal puede contener una parte de error o serlo totalmente: es una visión remota y por lo tanto expuesta a ser inexacta. Lo único malo es carecer de ideales y esclavizarse a las contingencias de la vida práctica inmediata, renunciando a la posibilidad de la perfección».

Formulando sus hipótesis en función de la experiencia social, toda ética idealista aspira a expresar un anhelo de perfeccionamiento efectivo; nada se le parece menos que los idealismos absolutos o trascendentales de los viejos metafísicos, cuyas hipótesis eran construcciones dialécticas, desprovistas de correlación funcional con el devenir de la moralidad.

* * *

2. *Toda moral idealista contiene una previsión del porvenir.* Es su carácter esencial llevar implícitos los conceptos de perfección continua y de incesante devenir; sólo merecen el nombre de idealistas los hombres que anhelan algún futuro mejor contra un actual imperfecto.

Las creencias retrospectivas no son ideales sino supersticiones, signo de vejez mental en los individuos y en los pueblos. El conformismo y el tradicionalismo son negativos para el porvenir, pues implican adhesión a fórmulas que acaso sirvieron en algún momento del pasado y que aún conservan cierta fuerza de inercia. Los más peligrosos enemigos de los «ideales nuevos», son, en cada época, los que pretenden monopolizar el idealismo en favor de «ideales viejos», como si especies fósiles, ya extinguidas, pudieran fijar cánones a la variación posible de las que continúan viviendo.

Es indudable que en el pasado existieron valores individuales dignos de admiración, en todos los órdenes del saber, de la belleza, de la virtud; fuera insensatez despreciar la memoria de Pitágoras y Copérnico, de Ovidio y Leonardo, de Epicteto y Spinoza. Sus doctrinas y sus obras provocan todavía respeto o deleite, y es probable que durante muchos siglos despierten análogas emociones. Pero no es lícito inferir de ello que es venerable todo lo pasado por el hecho de serlo y lo es menos justificar sus muchas lacras por sus pocas excelencias.

Los grandes hombres constituyen un ejemplo porque, siendo idealistas, innovaron en su época y se anticiparon a las siguientes: ignoraríamos sus nombres si, creyendo imperfectible el pasado, no hubieran intentado superarlo. El rango en la gloria no es cronológico y los genios son admirados independientemente de su antigüedad; Dante culmina sobre Virgilio, Shakespeare sobre Eurípides, Wagner sobre Mozart, tan seguramente como Homero sobre Tasso, Euclides sobre Newton y Miguel Angel sobre Rodín.

Muy distinta es la escala de valores del tradicionalismo, simple doctrina de regresión al pasado que, en cada tiempo

y lugar, pretende poner trabas a todo lo que significa renovación o perfeccionamiento; cuando afirma que lo antiguo es mejor que lo presente, su oculta intención es sugerir que lo presente es mejor que lo futuro. En la vida social se resuelve en una política de resistencia a la justicia y al progreso; las llamadas instituciones tradicionales representan intereses creados que, por el solo hecho de existir, se oponen actualmente a toda aspiración renovadora.

* * *

3. *El perfeccionamiento moral requiere una incesante renovación de ideales.* Si en cada momento del tiempo se modifica la realidad social, no es concebible que los ideales de ayer tengan función hoy, ni que los de hoy la conserven mañana; y mientras coexistan en el espacio sociedades heterogéneas, cada ideal sólo será legítimo donde sean efectivas las condiciones que lo engendran.

No existe un abstracto ideal con caracteres absolutos, mero concepto trascendental y eterno; los ideales son múltiples y concretos, funcionales y perfectibles, variantes como las condiciones mismas de la vida humana. Es inevitable que los individuos y las sociedades formulen bajo aspectos distintos sus hipótesis de perfección, relativamente a sus experiencias particulares. Por eso hay tantos idealismos como ideales, y tantos ideales como idealistas, y tantos idealistas como hombres aptos para concebir perfecciones; la aspiración moral de lo mejor no es privilegio exclusivo de ningún dogmatismo metafísico.

La conciencia social formula en cada época ideales propios, que interpretan las nuevas posibilidades de su experiencia sin cesar renovada. Lo que ayer fué ideal puede ser hoy interés creado, enemigo de ideales más legítimos; y el ideal de hoy podrá convertirse mañana en rutina obstruyente de nuevos ideales.

Si nada es y todo deviene, como enseñaba Heráclito, el tiempo, integrando la experiencia, modifica el valor fun-

cional de los ideales. Por omitir ese elemento de juicio resultan tradicionalistas en la vejez muchos hombres que fueron inovadores en la juventud; siguen pensando como si la realidad social no hubiese variado y no comprenden que el devenir de la experiencia ha exigido la renovación de los ideales. En todo tiempo han merecido el nombre de maestros los que supieron encender en los jóvenes el amor a la verdad y el deseo de investigarla por los caminos de la ciencia; pero fueron maestros entre los maestros los que trataron de ennoblecer ese amor y ese deseo sugiriendo ideales adecuados a su medio y a su tiempo, para que la imaginación superase siempre a la realidad, remontándose hacia las cumbres inalcanzables de la perfección.

(RENOVACION. — Buenos Aires.)